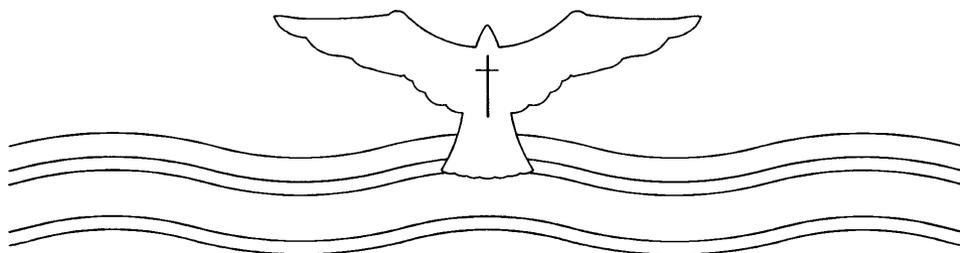


JULIO ALONSO AMPUERO

Cristo Esposo, virginidad y matrimonio

ESPIRITUALIDAD BIBLICA



Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154 – 31080 Pamplona
ISBN 84-87903-95-9, DL NA 2163-2019

Gráficas Lizarra, S. L., Ctra. de Tafalla, km. 1 – 31132 Villatuerta, Navarra



Julio Alonso Ampuero, nacido en 1958, formado en el Seminario de Toledo, ordenado sacerdote en 1983, estudió Sagrada Escritura en Roma y Jerusalén (1984-87). Actualmente es profesor de *Sagrada Escritura* y Director Espiritual del Seminario San José, de la diócesis de Lurín-Lima Sur (Perú).

Julio Alonso Ampuero

Cristo Esposo, virginidad y matrimonio

Fundación GRATIS DATE

Pamplona, 2019

Índice

Introducción

La Biblia, poema nupcial

- 1.-Creados para ser desposados
- 2.-La progresiva revelación de Dios como Esposo
- 3.-«¡Ya está aquí el Esposo!»
- 4.-Nuestra relación esponsal con Cristo
- 5.-La virginidad esponsal
- 6.-Sacerdocio y celibato
- 7.-El matrimonio, sacramento de Cristo Esposo
- 8.-¿Y los solteros?
- 9.-Eucaristía y esponsalidad
- 10.-Un Esposo crucificado
- 11.-María: Esposa, Virgen, Madre

Conclusión: ¡Ven, Señor Jesús!

Índice

Catálogo

Introducción

La Biblia, poema nupcial

La Sagrada Escritura se abre con el grito de júbilo de Adán al recibir el don de su esposa Eva («¡ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!»: Gen 2,23), y se cierra con la súplica ardiente de la Iglesia que clama por la venida de su Esposo Cristo («el Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!»: Ap 22,17.20).

En exégesis se habla de inclusión cuando un determinado texto bíblico (perícopa, sección o un libro entero) comienza y termina con palabras idénticas o parecidas (ejemplo: el prólogo de san Juan 1,1-18 comienza presentando el Verbo «vuelto hacia el Padre» y termina refiriéndose al Unigénito «vuelto hacia el seno del Padre»).

Eso significa que forma una unidad literaria y nos da pistas importantes sobre el significado y la interpretación del texto en cuestión. Aquí podemos hablar de una «gran inclusión», pues nos referimos a la Biblia en su totalidad.

Desde este punto de vista, podemos concebir toda la Sagrada Escritura como un gran poema nupcial, una revelación del amor esponsal, que tiene como grandes centros el Cantar de los Cantares para el AT y el Evangelio de San Juan para el NT. Dicho con otras palabras: el tema nupcial atraviesa toda la Biblia. Y, como tal, nos proporciona una preciosa clave para su interpretación.

Cf. a este respecto el precioso libro de L. ALONSO SCHÖKEL, *Símbolos matrimoniales en la Biblia*, Estella 1997.

1.- Creados para ser desposados

En el libro del Génesis (2,18) encontramos una expresión sorprendente. Después de haber creado al hombre, Yahveh Dios afirma rotundamente: «No es bueno que el hombre esté solo».

Llama la atención leer estas palabras, porque el hombre propiamente no está solo: se encuentra en relación íntima y familiar con su Creador (todavía no existe el pecado, que marcará la ruptura del hombre con Dios, simbolizada en la expulsión del Paraíso: Gen 3,23-24). Y, sin embargo, hay una cierta «soledad» en el hombre.

Sobre esto, *cf.* las profundas y sugerentes reflexiones de JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, Madrid 2000, 61-166.

El sentido de estas palabras misteriosas se desvela si continuamos leyendo: «Voy a hacerle una ayuda adecuada». Se comprende que el hombre no encuentre esta ayuda en los animales (Gen 2,19-20), pues no están a su nivel. Pero, ¿acaso Dios no es ayuda adecuada para el hombre? El texto afirma claramente que no.

Podemos decir que hay en el hombre dos relaciones fundamentales. Una es la vertical-trascendente: estamos hechos para vivir en comunión con Dios. Esta relación es constitutiva, hasta el punto de que, si falla, no podemos realizarnos como personas ni ser felices: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón no halla sosiego hasta que descansa en ti» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I,1,1).

Pero el hombre tiene también una relación horizontal-esponsal. Esta no puede ser satisfecha por Dios en cuanto Dios, pues Él no está al nivel del hombre, es infinitamente superior, y por tanto no es «ayuda adecuada» en esta dimensión sponsal.

La expresión original del texto bíblico no es fácil de traducir. Significa: «alguien como él, frente a él, que le ayude y complemente».

Cf. J. L. SKA, *Genesis 1-11, apuntes para uso de los alumnos*, Roma 1986 (con bibliografía).

En efecto, hay en todo ser humano –varón o mujer– una dimensión de sponsalidad. Se trata de esa zona del corazón que se entrega en exclusiva a una persona. Es la capacidad de ser amado y amar de manera íntima y exclusiva. Como tal, es diferente de los demás amores: filial, fraterno, de amistad, paterno. Es esa realidad de uno mismo que solo se da y se comparte con una persona.

Podemos afirmar que esta dimensión es también constitutiva del ser humano. Sin ella, no puede realizarse ni ser feliz, pues «no es bueno que el hombre esté solo». Igual que no puede prescindir de la dimensión vertical-trascendente sin grave daño, tampoco de la horizontal-esponsal. Así es el hombre tal como Dios lo ha hecho: ha sido creado para ser desposado.

Qué significa este desposorio y qué implicaciones prácticas tiene, lo iremos mostrando poco a poco.

2.- La progresiva revelación de Dios como Esposo

Para este capítulo se puede consultar con provecho D. BARSOTTI, *La revelación del amor*, Salamanca 1966, 60-90; 185-203.

En el s. VIII adC surge un profeta genial que abre una perspectiva nueva en la revelación de Dios y de su amor. Al considerar la infidelidad reiterada del pueblo de Israel, *Oseas* la interpreta en clave matrimonial: Yahveh es el Esposo traicionado por una esposa adúltera y prostituida (Os 2,4ss). Más aún, para hacer más claro y expresivo el mensaje, el profeta es instado por Yahveh a casarse con una prostituta (1,2): de ese modo, su vida misma se convierte en símbolo.

Después de Oseas, la presentación de Dios como Esposo entra a formar parte de la predicación de los grandes profetas: *Isaías* (1,21), *Jeremías* (2,2; 3,1-9), *Ezequiel* (que desarrolla en dos largos capítulos –16 y 23– bajo el símbolo matrimonial la historia de Israel y Judá), *Deuterocanónicos* (50,1; 54,1-10): «tu Esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre»; (62,1-5): «como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo»).

Pero el culmen de esta revelación en el AT se encuentra en el *Cantar de los cantares*. Se interprete como poema de amor humano o como alegoría de la alianza entre Dios y su pueblo –ambas interpretaciones no se excluyen necesariamente entre sí–, es un sublime canto sponsal. La descripción de la belleza del esposo y de la esposa, la búsqueda apasionada –incluso dramática– del uno por parte del otro... culminan en la expresión gozosa de la mutua pertenencia: «Mi amado es para mí y yo soy para mi amado» (2,16; 6,3). La mística cristiana en particular explotará profusamente la riqueza encerrada en este libro cargado de sugerencias.

Cf. L. ALONSO SCHÖKEL, *El Cantar de los Cantares*, Estella 1990; R. TOURNAY - M. NICOLAY, *El Cantar de los Cantares*, Madrid 1970.

Hay más textos. El *salmo 44 (45)*, por ejemplo, es un precioso canto de bodas, referido probablemente aun rey israelita. En él se canta la hermosura («eres el más bello de los hombres») y las demás cualidades del novio (vv. 2-10), y se invita a la novia a dejar su familia y todo lo suyo

para entregarse al rey y recibir fecundidad («tendrás hijos que nombrarás príncipes por toda la tierra») y fama («quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones»: vv.11-18). La tradición judía y cristiana lo ha aplicado a las bodas del Rey Mesías con Israel –figura de la Iglesia–, y la liturgia ha hecho amplio uso de él en referencia a María y a las vírgenes cristianas.

Todo esto es muy hermoso, pero queda en el plano simbólico: como hemos visto, Dios no puede ser real y propiamente Esposo del hombre, pues no está a su nivel, no es «ayuda adecuada». Todas estas maravillosas expresiones han de ser consideradas –lo mismo que el conjunto del AT– como profecía. Y, como tal, espera su cumplimiento...

3.- «¡Ya está aquí el Esposo!»

Efectivamente, al llegar la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4,4), las promesas hallan cumplimiento: «¡Ha llegado el Esposo!» es el grito que oyen las diez vírgenes (Mt 25,6). Cristo se presenta como el Esposo anunciado y prometido por las Escrituras. Ya no se trata de profecía, sino de la *realidad*. Tampoco es un simple símbolo, como iremos viendo: Jesús es el *verdadero* Esposo, del mismo modo que es «la Luz verdadera» (Jn 1,9), «el verdadero Pan del Cielo» (Jn 6,32), «la Vid verdadera» (Jn 15,1)...

Quizá estamos poco habituados a esta presentación de Cristo, que, sin embargo, está bien atestiguada en los textos del NT y en la tradición cristiana. He aquí los más explícitos (pues hay otros en que implícitamente se presenta a Cristo como Esposo remitiendo a textos del AT: estas alusiones son bastante claras para quien está familiarizado con la Sagrada Escritura).

(Cf. D. BARSOTTI, *La revelación del amor*, 255-261; 285-292; 330-340; 421-423).

a) *Evangelios sinópticos*. Jesús mismo en su predicación se ha presentado así:

* Mc 2,18-20 (Mt 9, 14-17; Lc 5,33-39): ante la pregunta de los fariseos de por qué los discípulos de Jesús no ayunan, este responde claramente que es tiempo de bodas; mientras el Esposo está con ellos no hay lugar para el luto; en cambio, cuando les sea arrebatado el Esposo –referencia clara a su pasión–, entonces sí ayunarán.

* Mt 22,1-14: el Reino de los cielos es como el Rey que prepara el banquete de bodas de su Hijo e invita con insistencia a todos: «Venid a la boda». Jesús es el Hijo del Rey que se desposa con la humanidad, y todos son invitados a este banquete.

* Mt 25,1-12: exhortando a la vigilancia, se nos presenta a las almas cristianas a la espera del Esposo, que evidentemente es Cristo («¡ya está aquí el Esposo!»).

* Mc 3,7 (Mt 3,11; Lc 3,16; Jn 1,27): esta expresión, recogida por los cuatro evangelistas y los Hechos de los Apóstoles (13,25), no es solo un gesto de humildad. En la celebración judía de los desposorios, correspondía al amigo más íntimo del novio desatarle la correa de su sandalia antes de que ingresase en la cámara nupcial: al presentarse Juan a sí mismo como amigo íntimo de Jesús, está mostrando a este como el Esposo.

Cf. P. PROULX - L. ALONSO SCHÖKEL, *Las sandalias del Mesías Esposo*, Bíblica 59 (1978), 1-37.

b) *San Pablo* también recoge esta perspectiva. Además de otros textos que analizaremos más adelante, señalemos ahora:

* Ef 5,25-33: exhortando a los esposos a amar a sus esposas como Cristo ama a la Iglesia, cita el texto de Gen 2,24 («dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán los dos una sola carne») para afirmar: «Gran misterio es este, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia».

Cristo es el Esposo que ha amado a la Iglesia entregando su vida por ella para purificarla y santificarla.

* 2Cor 11,2: «Os tengo desposados con un solo Esposo, para presentaros cual casta virgen a Cristo». Lo mismo que Juan Bautista, Pablo se presenta a sí mismo como el amigo del Esposo, que lleno del celo de Dios solo busca unir con Cristo Esposo a la comunidad de Corinto y a cada persona dentro de ella.

c) *Evangelio de san Juan*. Además de textos muy sugerentes y cargados de simbolismo, como las bodas de Caná (2,1-12) que inauguran la alegría mesiánica, la presentación de la aparición a María Magdalena (20,11-18) con los rasgos de la esposa del Cantar de los cantares, o la denominación de María como «Mujer» o nueva Eva que recoge como Madre el fruto de la redención del Esposo (19,25-27), encontramos una de las afirmaciones más explícitas del NT:

* Jn 3,29: «El que tiene a la Esposa es el Esposo». Frente a los que confundían a Juan con el Mesías, el Bautista afirma nítidamente que no lo es y que su papel es el de ir delante de Cristo (v.28) como el amigo del Esposo que prepara el camino para que este tome posesión de la Esposa.

d) *Libro del Apocalipsis*. El último libro de la Escritura no habla solo de los combates contra todas las fuerzas negativas y hostiles, sino también de bodas y desposorio (ahora con carácter escatológico y definitivo):

* Ap 19,7-9: «Han llegado las bodas del Cordero» (que en el lenguaje del Apocalipsis es Cristo). Y se proclama una bienaventuranza: «¡Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero!».

* Ap 21,2 contempla la Nueva Jerusalén que bajaba del cielo «engalanada como una novia ataviada para su Esposo».

* Ap 21,9 es más explícito aún al presentar «a la Novia, a la esposa del Cordero».

* Ap 22,17: «El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!». El que así es deseado y suplicado como Esposo es el mismo Cristo, como confirma el v.20: «Sí, vengo pronto. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!».

* A la luz de estos textos podemos considerar también las *cartas a las siete Iglesias* (cc. 2-3) como la acción del Esposo que corrige y purifica a la Iglesia-Esposa (3,19) con miras a una unión más íntima y profunda con ella; en efecto, las siete cartas culminan en la solemne promesa de 3,20 («mira, estoy de pie a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»), que encierra una clara alusión al Cantar de los Cantares.

Cf. F. CONTRERAS MOLINA, *Estoy a la puerta y llamo* (Ap 3,20). Estudio temático, Salamanca 1995, 89-137. Excelente y precioso comentario del versículo del Apocalipsis, cargado de sugerencias.

Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, es el Esposo. En efecto, en cuanto hombre sí es «ayuda adecuada», semejante. Es el Esposo anunciado por los profetas y la ayuda adecuada prometida por Dios en el Génesis. Ante la soledad del hombre, Yahveh Dios había dicho: «*Voy a hacerle una ayuda adecuada*» (Gen 2,18). Pues bien, ya está aquí: Cristo es el Esposo dado por el Padre, que nos invita a las bodas de su Hijo. Porque el Verbo se ha hecho «carne» (Jn 1,14), todo hombre puede gritar jubiloso: «Este sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos» (Gen 2,23).

Cristo es capaz de llenar toda soledad. En cuanto Esposo, es el Emmanuel (Mt 1,23) que permanece con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20). Nuestro corazón está hecho para ser desposado por Cristo. Solo Él puede saciar esa necesidad ilimitada de ser amado que todo hombre experimenta. Él me habla de igual a igual, me ama con un corazón humano. Cristo está hecho a mi medida, o mejor, yo estoy hecho a la medida de Cristo.

4.- Nuestra relación esponsal con Cristo

Si Cristo es el Esposo, se revela y se entrega como tal, eso significa que quiere establecer con nosotros una relación propiamente esponsal. Para explicar esto, hemos de tener en cuenta algunas *premisas*:

a) Una vez que Dios se ha revelado como Trinidad, nuestra relación ya no es con Dios sin más, sino que estamos llamados a entrar en una *relación personal con cada una de las Personas divinas* tal como son. Respecto de Dios Padre somos hijos, y nuestra relación con Él es filial (Jn 1,12; Gal 4,5; Rom 8,15-16; 1Jn 3,1-2). El Espíritu Santo es como nuestra alma: de manera análoga a como el alma dirige al cuerpo, el Espíritu Santo nos guía y conduce como principio de nuestra vida (Rom 8,14; Gal 5,18.25; cf. Hch 8,29.39). Nuestra relación con Cristo es esponsal: estamos llamados a ser una sola cosa con Él.

b) Es cierto que el título de Esposo no agota todos los aspectos de nuestra relación con Cristo. En efecto, el NT le presenta también como hermano (Hb 2,11-12), amigo (Jn 15,15), Señor (Hch 2,36), Salvador (Jn 4,42), etc. Cada título expresa un aspecto del misterio de Cristo y subraya una dimensión de nuestra relación con Él. Pero el de Esposo es de los más profundos, como veremos.

c) La relación esponsal no es una metáfora. Al hablar de nuestra filiación divina, san Juan enfatiza que no solo nos «llamamos» hijos de Dios, sino que realmente lo «somos» (1Jn 3,1). De manera semejante podemos afirmar el *realismo* de nuestra unión esponsal con Cristo. No son los padres humanos los verdaderos padres, aplicando metafóricamente a Dios la noción de paternidad, sino al revés: Dios es el verdadero Padre, de quien procede toda otra paternidad (cf. Ef 3,14-15).

Igualmente, no tomamos el matrimonio humano como comparación para referirnos a Cristo como Esposo (y a la Iglesia o a nosotros como esposa), sino al contrario: la realidad es Cristo (Col 2,17) y su desposorio con la Iglesia, mientras que el matrimonio humano es signo-sacramento, remite a esa realidad fundamental, de la que recibe su riqueza y su valor (Ef 5,25-33), como también veremos.

d) Cristo es Esposo *para todos los cristianos*, no solo para las religiosas o consagradas. Si bien la relación esponsal con Cristo se vive de manera diferente según los distintos estados o vocaciones – como tendremos ocasión de matizar–, Cristo permanece como Esposo para todos.

e) Una de las razones por las que no se habla mucho de Cristo Esposo es tal vez por el temor a generar *malentendidos* o interpretaciones aberrantes. Quizá por esa razón el mismo san Pablo afirma que «el que se une a Cristo se hace un solo espíritu con Él» (1Cor 6,17), cuando la lógica del razonamiento según las frases anteriores parece que pediría «se hace un solo cuerpo con Él». En un mundo hipersexualizado como el actual, hablar de desposorio lleva a pensar en la dimensión sexual-genital, pero la realidad esponsal es algo mucho más amplio, rico y profundo.

f) Por eso mismo hemos de decir que Cristo es Esposo no solo para las mujeres, sino también para los varones (JUAN PABLO II, Carta apost. *Mulieris dignitatem*, 20). En efecto, en la nueva realidad instaurada por Cristo «ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer» (Gal 3,28). Para todos Cristo es la «ayuda adecuada».

Teniendo en cuenta todo esto, podemos afirmar que la relación esponsal con Cristo consiste sobre todo en una *unión profunda* con Él, que hace de los dos –Cristo y el cristiano– *una sola cosa*, «un solo espíritu» según la afirmación de 1Cor 6,17.

Conviene notar que cuando Gen 2,24 afirma que el varón y la mujer «se hacen una sola carne», la palabra «carne» no se refiere solo a la unión corporal, sino a la persona en su totalidad: marido y mujer llegan a constituir una unidad tan profunda que son como una sola persona, sin dejar de ser dos. De manera análoga, el cristiano y Cristo son uno solo sin dejar de ser dos.

No es casual, en efecto, que los místicos acudan con frecuencia al lenguaje nupcial-matrimonial para expresar lo inefable: la unión del hombre con Cristo, que supera completamente cualquier otra unión entre personas humanas, incluida la matrimonial.

Cf. por ejemplo SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 12,7; 22,3; SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas* VI, 4.2.9.13; J. SANZ MONTES, «*Illum totaliter diligas*» (3 EpAg 15). *La simbología esponsal como clave hermenéutica del carisma de Santa Clara de Asís* (tesis doctoral), Roma 2000; F. FROST, *Van y la relación esponsal con Jesús*, Versailles 2017).

Sin usar lenguaje esponsal, encontramos en la Escritura otras expresiones que nos hablan de esta unión íntima y profunda del hombre con Cristo: «Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Jesús mismo nos habla de *permanecer en Él* y Él a su vez en nosotros, como el sarmiento unido a la vid posee la savia y la vida misma de ella (Jn 15,5). Verdaderamente, Cristo y el hombre se funden en uno solo.

Es claro que no se trata de anulación o desaparición del hombre (panteísmo). Pero los místicos usan unas expresiones muy audaces (cf. por ejemplo SAN JUAN MARÍA VIANNEY: «Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar», *De sus catequesis*). En efecto, «el amor de Cristo excede todo conocimiento» (Ef 3,19), supera ilimitadamente todo lo que podemos pensar o concebir (cf. 1Cor 2,9; Ef 3,20).

Tomando la frase ya citada del Cantar, podemos decir que esta unión esponsal conlleva una *mutua pertenencia*: «Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado» (Ct 2,16; 6,3). En efecto, Cristo se entrega de tal manera que todo lo suyo es nuestro: su vida, su gracia, su santidad, sus méritos, sus virtudes... Como fruto de esa donación libre, *poseemos* realmente a Cristo.

Pero la donación es mutua. El cristiano desposado con Cristo ya no se pertenece a sí mismo (cf. 1Cor 7,4). Todas sus facultades, su cuerpo, su tiempo... son del Amado. Ya *no es propietario*, su vida es de Cristo (1Cor 6,19-20). Vive y muere para el Esposo, que es al mismo tiempo su Señor (Rom 14,7-9).

Como consecuencia, el cristiano es ante todo un *enamorado*. Vive fascinado por la belleza del Esposo (cf. Ct 5,10-16), que es «el más hermoso de los hijos de Adán» (Sal 45,3-9). Solo tiene ojos para Él, y no se deja deslumbrar por falsas bellezas. Vive pendiente de la voz del Amado (Ct 2,8), que se goza y se complace en él (Ct 4,1-15; 7,1-14), que le llama a salir de sí y a ir a Él (Ct 2,10.13), que le invita a abrir la puerta del corazón para acogerle de una manera cada vez más profunda y total (Ct 5,2).

Como enamorado de Cristo, el cristiano *le busca* constantemente y con pasión (Ct 3,1-4; Sal 27,8; 63,2; 42,2-3; Jn 20,13-15) y «se pega» a Él (Sal 63,8-9; Sir 2,3); no se cansa de contemplarle (Sal 63,3). En la intimidad con Él halla su descanso (Sal 16,9; 62,2.6; Mt 11,28-30).

En esta «ayuda adecuada» que es Cristo, el cristiano encuentra su *plenitud*. La unión con Cristo «sacia» el alma (Sal 63,6) y produce *alegría* en el corazón, «hartura de goces», «delicias para siempre» (Sal 16,9.11). Por eso llega a exclamar: «Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra» (Sal 72,25), «Tú eres mi bien, nada hay fuera de ti» (Sal 16,2).

Cuanto más crece en intimidad con el Esposo, más *se afianza en Él*: «Estoy siempre contigo» (Sal 73,23). Solo desea «morar en la casa del Señor todos los días de mi vida, gustar de la dulzura del Señor» (Sal 27,4), pues «mi bien es estar junto a Dios» (Sal 73,28). La presencia del Esposo proporciona *seguridad* (Sal 16,8.9; 27,1-6). Cristo llega a ser el *todo* para el creyente en el presente y en el futuro: «El Señor es la parte de mi herencia... mi suerte está en tu mano» (Sal 16,5-6).

El creyente sabe que todo pecado tiene la gravedad de la traición y de la infidelidad: es *adulterio* y *prostitución*, según la terminología de los profetas, que sigue usándose en el NT (St 4,4). Cristo merece ser amado «con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas» (Lc 10,27 par): no hacerlo así es fallar al amor esponsal, y no vivir totalmente para el Señor es profanar la propia persona, que es de Él y para Él (Col 1,16).

Sin embargo, Cristo Esposo es *fiel y misericordioso* (Hb 3,2; 4,15). Nos ha desposado en fidelidad y compasión (Os 221-22). Por eso, incluso «si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo» (2Tim 2,13); es capaz de compadecerse de la esposa infiel (Os 2,25) y lavarla (Sal 51,9), seduciéndola con su amor (Os 2,16) para desposarla de un modo nuevo (Os 2,18) y restablecer con ella la alianza rota por el pecado (Ez 16,60-63).

De este modo, el cristiano aprende a vivir cada vez más para Cristo, que de tantas y tan sublimes maneras le manifiesta su amor. Con el alma literalmente «*seducida*» por Cristo (Os 2,16), que le ha «*robado el corazón*» (cf. Ct 4,9), es capaz de hacer locuras por Él, las locuras que vemos tantas veces en las vidas de los santos y que son propias del corazón enamorado.

Y es solo ahí, en la unión profunda con Cristo Esposo, donde el cristiano se experimenta ilimitada y divinamente *fecundo*: «el que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de Mí no podéis hacer *nada*» (Jn 15,5).

La sistematización que sigue está tomada del venerable JOSÉ RIVERA RAMÍREZ (1925-1991), a quien debemos las ideas clave contenidas en este trabajo. Se puede encontrar más desarrollada en su predicación, especialmente –pero no solo– en los Ejercicios Espirituales dirigidos a sacerdotes y religiosas. Es posible descargar sus audios gratuitamente en www.jose-rivera.org

Esta *unión con Cristo Esposo* podemos sistematizarla en los siguientes aspectos

1.- *en el nivel intelectual*. Como verdadero hombre, Cristo nos conoce con su entendimiento humano (Jn 2,25; 1,48; 4,17-19.29; etc). Satisface plenamente la tendencia y la necesidad de ser comprendidos, pues me comprende perfectamente (infinitamente mejor que nadie, incluido yo mismo). Por nuestra parte hay un deseo también de conocerle: ahora bien, Él tiene una capacidad ilimitada de darse a conocer. Piensa contantemente en mí, como ningún ser humano puede hacerlo y provoca en mí el deseo de pensar en Él. Podemos compartir el pensamiento, pues me va enseñando a pensar como Él, a ver las cosas como Él las ve.

2.- *en el nivel de la voluntad*. Siempre quiere bien con su voluntad humana, pues no hay en ella nada torcido ni pecaminoso. Me quiere del todo, con toda su voluntad humana. Se complace en mí, me perfecciona, me perdona. Me atrae hacia sí mismo, que es el Bien absoluto (cuanto más me apegue a Él, mejor, pues en esto consiste la salvación). Puedo querer lo que quiere Él (unión de voluntad), que es siempre lo mejor para mí. En Jesucristo lo encuentro todo.

3.- *en el nivel de la sensibilidad*. Como verdadero hombre, Cristo tiene sentimientos humanos, totalmente rectos y ordenados: se complace en lo bueno, le disgusta lo malo... En el contacto con Él sana nuestros sentimientos desordenados. Y nos hace compartir los suyos (Fil 2,5), sus gustos...

4.- *como unión eterna*. Mientras toda unión entre personas humanas tiene muchas limitaciones (la distancia, las imperfecciones, la finitud...), la unión con Cristo no las tiene: podemos estar siempre con Él (Mt 28,20). Y nuestra unión con Él no solo no termina con la muerte, sino que es precisamente entonces cuando se hace más plena, ya sin limitaciones de ningún tipo por nuestra parte.

5.- *como unión fecunda*. Siendo Cristo la Vida misma (Jn 1,4; 14,6), la unión con Él no puede no ser fecunda. El que se hace una sola cosa con Cristo, da fruto abundante precisamente en virtud de esa unión (Jn 15,5): se trata de una fecundidad sobrenatural, divina, eterna.

5.- La virginidad esponsal

Cristo Esposo –lo hemos dicho– es para todos, y también la relación esponsal con Él lo es. Pero hay dos modos fundamentales de vivirla: la virginidad o celibato y el matrimonio.

Consideramos los dos términos, *virginidad* y *celibato*, como sinónimos y equivalentes. Sin embargo, parece que el primero conviene más a los que son vírgenes también en el plano físico, mientras que el celibato podría ser vivido incluso por quienes en la vida pasada dejaron de serlo. Aplicamos el término «virgen» tanto al varón como a la mujer, igual que en 1Cor 7,25.

Examinemos el primero de ellos.

Ante todo, constatamos que *en el AT* la presentación de la virginidad es *totalmente negativa*, como se deduce de los siguientes textos:

a) *Génesis 2,18*: además de revelarnos –como hemos visto– una verdad fundamental del ser humano (que hemos sido creados para ser desposados), apunta también a esta valoración negativa de la virginidad. Adán se experimenta no solamente en soledad, sino en cierto sentido incompleto: de ahí su jubilosa alegría cuando Yahveh Dios crea a la mujer que le complementa y se la entrega como esposa (Gen 2,21-25).

b) *Jueces 11,29-40*: Jefté ha prometido al Señor ofrecerle en sacrificio la primera persona que encuentre si se le concede la victoria contra los amonitas. Cuando regresa victorioso, es su propia hija la que se presenta. Lo curioso del relato es que a la joven le parece bien que la sacrifiquen: su único dolor es que va a morir virgen, es decir, sin realizarse plenamente, incompleta, infecunda; por eso pide dos meses para «llorar su virginidad» (v. 37).

c) *Jeremías 16,2ss*: como en el caso de otros profetas (por ejemplo, Oseas, desposando a una prostituta), Jeremías transmite un mensaje con su propia vida; Yahveh le dice: «No tomes mujer ni tengas hijos ni hijas». El celibato de Jeremías es totalmente negativo: sirve para expresar la esterilidad de un pueblo que ha abandonado a su Dios y camina hacia el desastre y la destrucción.

d) *Amós 5,1-2*: «la nación es comparada a una virgen arrebatada por la muerte en plena juventud sin haber podido realizar su vocación de mujer: el matrimonio y la maternidad» (*Nota de la Biblia de Jerusalén*). También en este caso la noción de virginidad es negativa.

Sin embargo, la perspectiva cambia totalmente en el *NT*: lo que Gen 2,18 llamaba «no bueno», san Pablo lo llama «bueno» (1Cor 7,1.8.26): «es bueno para el hombre abstenerse de mujer» (v. 1); más aún, se pone a sí mismo como modelo de este nuevo estilo de vida («digo a los no casados y a las viudas: es bueno para ellos si permanecen como yo»: v. 8); hablando a los novios, les dice que quien se casa obra «bien», pero el que no se casa obra «mejor» (1Cor 7,36-38); finalmente, dirigiéndose a las viudas, les reconoce que pueden volver a casarse «en el Señor», pero afirma que será «más feliz» la que permanece así (1Cor 7,39-40).

Podemos –y debemos– preguntarnos: ¿qué ha ocurrido para que lo que era «no bueno» se convierta en «bueno»? Llama la atención la insistencia: 4 veces el adjetivo «bueno», 1 el adverbio «bien», además del doble comparativo «mejor» y «más feliz». ¿Acaso san Pablo se atreve a corregir y a rectificar al mismísimo Creador?

El contraste es más llamativo cuando comprobamos que el adjetivo «bueno» (*kalon* en griego) que utiliza san Pablo es el mismo que los LXX –la Biblia cristiana por excelencia– utiliza en Gen 2,18 al traducir el original hebreo.

Para encontrar una respuesta satisfactoria, hemos de ir en la dirección del texto del Génesis. Sigue siendo verdad la afirmación: «No es bueno que el hombre esté solo». Por tanto, no puede anular la dimensión de esponsalidad inscrita en lo más profundo de su ser: si la niega, si la virginidad es renuncia, entonces el hombre –varón o mujer– queda incompleto, y por tanto insatisfecho, permanece estéril...

Con otras palabras: solo si existe una «ayuda adecuada», puede el hombre colmar su dimensión esponsal, y entonces la virginidad tiene sentido y valor. Nítidamente sentencia San Juan Pablo II:

«No se puede comprender rectamente la virginidad, la consagración de la mujer en la virginidad, *sin recurrir al amor esponsal*; en efecto, en tal amor la persona se convierte en don para el otro. Por otra parte, de modo análogo ha de entenderse la consagración del hombre en el celibato sacerdotal o en el estado religioso» (JUAN PABLO II, Carta apost. *Mulieris dignitatem*, 20).

Busquemos, por tanto, en esa dirección, buceando en los *textos del NT*:

a) **1Corintios 7,32-35** es indudablemente *la carta magna de la virginidad cristiana*. En ella san Pablo pone en estrecho paralelismo al casado y al célibe: *el célibe pertenece a Cristo como la mujer al marido*. El paralelismo sugiere que *Cristo es para el virgen lo que el marido es para su esposa*. Cristo Esposo completa al célibe en toda su dimensión esponsal (afecto, comprensión, cercanía, apoyo...)

Para este texto, cf. L. LEGRAND, *La doctrina bíblica de la virginidad*, Estella 1967; R. CANTALAMESSA, *Virginidad*, Valencia 2003.

Hay que notar que en este texto san Pablo aplica esta dimensión esponsal tanto al hombre virgen como a la mujer virgen; en efecto, habla tanto del «casado» y «el célibe» como de «la casada» y «la virgen».

Cf. M. IGLESIAS, *Nuevo Testamento*, Madrid 2003, 680 (nota a 1Cor 7,25): «tal como está en el texto griego, puede aplicarse a las personas vírgenes de ambos sexos», como se explicará de hecho en 7,32-34.

Veamos más en detalle algunas de las riquezas de este texto:

a.1- La virginidad es ante todo un *carisma* (1Cor 7,7), es decir, un don recibido de Dios para la edificación de la Iglesia (cf. 1Cor 12,7).

a.2- El virgen se preocupa de *las cosas del Señor* (v.32.34). El verbo *merimnao* significa aquí «cuidar con solicitud»: de manera semejante a como la casada se dedica con solicitud a atender las cosas de su marido (en el texto «las cosas del mundo»), el virgen o célibe se dedica a «las cosas del Señor». La idea no puede ser más bella: el célibe se dedica a las cosas del Señor (apostolado, etc.) con el mismo *amor fino y delicado, detallista y solícito*, con que una buena esposa atiende los asuntos de su marido.

a.3- El célibe se preocupa de «*agradar al Señor*» (v. 32). Por tanto, no solo atiende las cosas del Señor, sino que establece una relación personal: busca agradarle. Es decir, se ocupa de las cosas del Señor, pero no de cualquier manera, sino buscando agradarle. Con otras palabras: mientras se dedica a los asuntos del Señor está con la mirada, el corazón y el pensamiento puestos en el Señor preguntándose y preguntándole qué y cómo le agrada. Por lo demás, el verbo *areskein* puede tener un sentido muy fuerte; sin excluir el *aspecto afectivo*, significa la disposición a *complacer*, casi a *servir* (1Cor 10,33; Gal 1,10); agradar a Cristo significa estar totalmente dedicado a Él, *compartiendo sus ideas y deseos* y adoptando su punto de vista en todo.

Por todo ello, el célibe no niega su dimensión esponsal, sino que la vive de otra manera, incluso más plena y perfecta que el casado. También el virgen y la virgen pueden exclamar con gozo esponsal en referencia a Cristo: «Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado» (Ct 2,16;6,3). Por el celibato el hombre y la mujer vírgenes se entregan total y exclusivamente a Cristo, que a su vez se les da como Esposo.

a.4- En relación con la dimensión esponsal aparece también el aspecto de consagración. Ya hemos visto cómo el virgen se dedica al Señor y a sus cosas; le está consagrado. Pero san Pablo lo dice expresamente: la virgen se preocupa de «ser santa en el cuerpo y en el espíritu» (1Cor 7,34). El adjetivo *hagia* no indica ante todo una cualidad moral, sino religiosa y teológica. El virgen queda *consagrado en la totalidad de su persona* (no sería propiamente virgen quien lo es solo en su cuerpo o solo en su espíritu). Es apartado de la esfera natural (matrimonio, familia, etc.) para ser

introducido en la esfera de lo divino, para vivir en la pertenencia total y exclusiva a Cristo Esposo y dedicado a sus cosas y a sus intereses.

En cuanto consagración (=sacrificio) la virginidad supone cruz y muerte (pues renuncia incluso a afectos naturalmente buenos y legítimos), pero conlleva sobre todo la elevación del nivel natural a la esfera sagrada y divina. En este sentido, la virginidad no es *negación* del cuerpo, de la afectividad, etc., sino su consagración. El virgen es *introducido en la vida nueva del Reino, en el Paraíso, vive ya una vida resucitada*. Así, bajo la acción del Espíritu (cf. Hb 9,14) y participando del sacrificio de Cristo, la virginidad es *una liturgia continua* por la que el virgen es hecho santo y sagrado, es inmolado y exaltado, y participa ya en este mundo de las delicias de la intimidad divina (cf. Sal 73,25-28).

a.5- *Libertad interior*. Condición y a la vez consecuencia de esta dedicación al Señor es el estar «libre de preocupaciones» (1Cor 7,32). Mientras que el casado ha de estar ocupado en muchas cosas y ello le produce dispersión y agitación, hasta el punto de estar «dividido» interiormente (v. 34), el ideal que propone Pablo a los célibes es verlos libres de preocupaciones y «sin división» interior (v.35), sin distracciones innecesarias (cf. Lc 10,38-42, donde se usa el mismo verbo contraponiendo la actitud de Marta, preocupada con «muchas cosas», a la de María, que «ha elegido la parte mejor», ya que en realidad «solo una cosa es necesaria»). De este modo, al célibe le resulta fácil el «trato asiduo con el Señor» (v. 35): toda su dimensión afectiva y personal queda polarizada en torno al Esposo Cristo con un corazón indiviso.

Ahora bien, no se trata de una despreocupación egoísta, sino que viene de la caridad y a ella conduce: está en función de ese trato asiduo con el Señor, del deseo de agradarle, de la consagración a Él en cuerpo y alma, de la dedicación a sus cosas (lo cual supera en peso la carga de una familia: ya sabemos lo que esto supone en la experiencia de Pablo: trabajos, fatigas, persecuciones, la preocupación por todas las Iglesias: 2Cor 11,23-29 ; «de nuevo sufro dolores de parto»: Gal 4,19; «vivimos si permanecéis firmes en el Señor»: 1Tes 3,8; etc).

a.6- Situándose en lo definitivo, la virginidad tiene también un *sentido profético*, pues toma en cuenta que «el tiempo es corto» y que «la apariencia de este mundo se termina», invitando a que «los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran» (1Cor 7,29-31).

Por tanto, este texto muestra claramente que san Pablo entiende la virginidad en sentido sponsal, es decir, en función de Cristo. En otros pasajes Pablo nos hará ver cómo vive su virginidad/celibato también como *paternidad fecunda* (1Cor 4,14-16; Flm 10; Gal 4,19).

b) Pero la virginidad cristiana no es un invento de san Pablo: **la enseñanza de Jesús** también contiene indicaciones preciosas. Además del hecho de haber vivido virginalmente Él mismo –lo cual es ya en sí mismo altamente significativo– (PABLO VI, Enc. *Sacerdotalis caelibatus*, 21), encontramos al menos estos textos:

*Mt 19,10-12: ante la perplejidad de los discípulos por su enseñanza sobre el matrimonio, Jesús habla de los «eunucos por el Reino de los cielos». De manera parecida a como le tachaban de «comilón» y «borracho», tal vez la gente murmuraba de Jesús al verle sin casarse a pesar de haber llegado a su edad adulta. Él usa la palabra «eunuco» dándole un sentido nuevo y diferente: «por el Reino» quiere decir «por Jesús», pues Él mismo es el Reino (cf. Lc 17,21: «el Reino de Dios está en medio de vosotros»). Pero este nuevo estilo de vida solo es posible para aquellos «a quienes es concedido». Evidentemente por Dios: la virginidad por el Reino es un don de lo alto.

En el texto original encontramos lo que en exégesis se llama «pasivo teológico». Una de las formas con que los judíos contemporáneos de Jesús evitaban nombrar a Dios (el nombre divino era considerado demasiado sagrado para estar en labios del hombre) era recurrir a la voz pasiva. Por eso, decir «les sea concedido» equivale a «Dios les conceda». Este uso es muy frecuente en el NT: decir «serán consolados» significa «Dios los consolará», «serán saciados» es afirmar «Dios los saciará» (Mt 5,5-6), etc).

*Lc 20,34-36: cuando los saduceos le tienden una trampa para ridiculizar la fe en la resurrección, Jesús afirma que el matrimonio es una realidad de este mundo, mientras que en el mundo futuro ni

los varones ni las mujeres se casarán; en la resurrección Cristo «será todo para todos» (cf. 1Cor 15,28): por tanto, la virginidad anticipa ya en este mundo la vida celestial de resucitados, en la que cada uno verá cara a cara a Cristo y se unirá directamente a Él sin mediación de ningún tipo.

Estos textos, unidos a los que vimos anteriormente en que Cristo se presenta como el Esposo, nos muestran que la virginidad es una *novedad cristiana* (PABLO VI, Enc. *Sacerdotalis caelibatus*, 19-24; JUAN PABLO II, Carta apost. *Mulieris dignitatem*, 20). Nada tiene que ver con el desprecio del cuerpo o de la sexualidad (ni tampoco con el celibato que se encuentra en otras religiones o espiritualidades). Al irrumpir en este mundo el Esposo –aquel que es la perfecta «ayuda adecuada»–, el corazón de los varones y de las mujeres puede ser captado de tal manera que solo vivan de Cristo y para Cristo.

En efecto, con Cristo han iniciado los tiempos definitivos («ha llegado el Reino»: Mt 4,17; Mc 1,15; «ha llegado el Esposo»: Mt 25,6), y la virginidad testimonia esta *realidad nueva*. Por eso no es renuncia, ni vacío, ni esterilidad, sino plenitud afectiva y al mismo tiempo fecunda.

Esta enseñanza neotestamentaria –suficientemente clara a nuestro juicio, pero en cierto modo todavía germinal– ha sido ampliamente desarrollada en los primeros siglos del cristianismo. En efecto, la literatura *patrística* sobre el tema es abundante y explicitísima: comienza en el s. II y se desarrolla sobre todo en los ss. IV-VI.

Sobre esto se puede consultar la obra ya clásica F. de B. VIZMANOS, *Las vírgenes cristianas de la Iglesia. Estudio histórico y antología patrística*, Madrid 2009; cf. J. A. HERMOSILLA GARCÍA, *La virginidad en los escritos de los santos padres*, Lurín (Perú)-Humocaro Alto (Venezuela), 2017.

Los Padres de la Iglesia destacan la virginidad como testimonio vivísimo y elocuente de la novedad traída por Cristo.

Y toda esta riqueza doctrinal se encuentra recogida en el Magisterio y está presente en la Liturgia de la Iglesia.

Además del texto ya mencionado de Juan Pablo II en Carta apost. *Mulieris dignitatem*, ver CONCILIO VATICANO II, *Perfectae caritatis*, 12. Antes del Concilio, PIO XII, Enc. *Sacra virginitas*. Cf. JUAN PABLO II, Exh. Apost. *Vita consecrata*, 3a, 15, 34b; *Hombre y mujer...*, 407-466; *La vida consagrada, un camino de amor a la vida. Catequesis de Juan Pablo II*, Lima 1997).

Lo que la Iglesia expresa en su oración responde a lo que cree (*lex orandi, lex credendi*).

Así lo encontramos en el *Común de vírgenes* tanto del Misal Romano («ven, esposa de Cristo»: antífona de entrada), como del Leccionario (Ct 8,6-7; Os 2,14-20; Ap 19,5-9; 21,1-5; Sal 44; etc.) y de la Liturgia de las Horas («adoremos al Cordero, al Esposo acompañado por el cortejo de vírgenes»: ant. Invit.; «quiero ser solamente tuya, oh Cristo Esposo»: ant. II Visp.; «glorifiquemos a Cristo, Esposo y corona de las vírgenes»: preces laudes).

También se encuentra resaltado en algunas memorias, por ejemplo santa Inés (21 enero): «mi Señor Jesucristo ha puesto en mi dedo el anillo nupcial y ha colocado sobre mi cabeza la corona de esposa» (ant. Laudes); «estoy desposada con Aquel a quien sirven los ángeles y cuya belleza admiran el sol y la luna» (ant. Laudes); «sería una injuria para mi Esposo esperar a ver si me gusta otro» (Of. Lect.).

Sobre esta base, expliquemos un poco más en detalle lo que significa la virginidad esponsal. Podemos decir que la virginidad expresa y realiza una *unión con Cristo* que tiene las siguientes características: inmediata, exclusiva, total, explícita.

Una vez más tomamos textualmente la enseñanza del venerable JOSÉ RIVERA. Cf. J. RIVERA –J.M. IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica*, Pamplona 2008, 354ss; J. RIVERA RAMÍREZ, *La urgencia de ser santos. Ejercicios espirituales*, Toledo 2011, 255-275).

1.- *Inmediata*. Cristo es el Esposo para todos. Pero el casado se une a Cristo a través del signo sacramental de su cónyuge. En cambio, el célibe vive una unión con Cristo sin mediación de otras personas: es Cristo quien directamente llena su corazón en el «tú a tú», sin intermediarios. Y desde esa unión con Cristo afronta todo lo demás: relación con otras personas, tareas, etc.

2.- *Exclusiva*. No es que el célibe necesita a Cristo y «además» a otras personas. La gracia del celibato supone que Cristo –Él solo– basta a quien ha recibido ese don. Por eso es testimonio, porque manifiesta que Cristo sacia y satisface plenamente a la persona. Lleno del amor de Cristo, no «necesita» del amor de otras personas (familia, amigos, etc); cuando va a ellos es para darse, y si recibe afecto, son para él «añadiduras».

3.- *Total*. Es decir, de toda la persona, en su alma y en su cuerpo, en su inteligencia y en su voluntad, en su afectividad y sensibilidad. Involucra todo su tiempo y toda su actividad. Toda su vida está marcada por esta relación sponsal con Cristo. Toda la persona del célibe está como imantada por Cristo, vive en función de Él, gira entorno a Él. El amor de Cristo totaliza y unifica la vida del célibe.

4.- *Explícita*. Debe verse con facilidad que la razón de ser y el sentido de esa vida virginal es Cristo, que no hay otras compensaciones sustitutorias. Toda su vida remite espontáneamente a Cristo, de manera que cualquier persona de buena voluntad puede percibirlo. Cristo es su «secreto a voces», el que explica sus opciones de vida, su actividad, sus relaciones personales...

Esta profunda unión con Cristo propia del celibato o la virginidad es un misterio, es un don de Dios, supone una consagración y constituye un testimonio.

a) *Misterio*. Solo se entiende a la luz de la fe: por tanto, no valen las razones naturales, pues es algo enteramente sobrenatural. Desde fuera solo se ve la soltería. La virginidad solo puede ser vivida desde la fe, es decir, desde la relación con Cristo Esposo; por eso requiere un continuo ejercicio de fe y una vida espiritual intensa.

b) *Don de Dios*. No se puede vivir el celibato por iniciativa humana. Si Dios no ilumina de manera atrayente solo habría continencia. Únicamente quien experimenta la inmediatez del amor de Cristo o aprende de las circunstancias que el plan de Dios sobre sí es la virginidad, puede recibirla y vivirla con madurez suficiente. Por eso dice Jesús al hablar de lo eunucos por el Reino: «Quien pueda entender, que entienda» (Mt 19,12), es decir, aquel a quien se le ha «concedido» (v.11). Cuando una persona recibe ese don, Jesucristo se compromete a llenar su afectividad, y Él es completamente fiel, no puede fallar.

c) *Consagración*. La personalidad humana del célibe, en cada uno de sus aspectos (afectividad, fecundidad, etc.), no queda anulada, sino elevada al nivel sobrenatural, divino. Es «sacrificada» en el sentido etimológico de la palabra (= «hecha sagrada»), no en el sentido de costoso o que conlleva sufrimiento (pues quien ha recibido el don y lo vive, experimenta la plenitud humana y el gozo).

d) *Testimonio*. Como consecuencia de todo lo anterior, la vida del célibe proclama al mundo que Cristo puede bastar al hombre, que la intimidad con Él perfecciona y hace dichoso. Y esto tanto para los que buscan la libertad sexual como fuente de felicidad, como para los casados que sufren las deficiencias del cónyuge: la vida del célibe muestra que Cristo da lo que el compañero humano no sabe, no puede o no quiere dar. Por ello la virginidad juega un papel muy importante en la propagación del cristianismo.

6.- Sacerdocio y celibato

No es nuestra pretensión desarrollar aquí este importante y complejo tema. Pero sí nos parece que lo visto hasta ahora arroja una importante luz sobre este asunto.

Sabemos que sacerdocio y celibato no están «esencialmente» unidos; de hecho, algunas Iglesias y ritos orientales en plena comunión con Roma admiten al sacerdocio a hombres casados. Sin embargo, el celibato sacerdotal en la Iglesia latina no es una mera «ley» humana que se puede –y, según algunos, se debe– cambiar. El Concilio Vaticano II habla de una *multiforme conveniencia* (*multimodam convenientiam*) entre sacerdocio y celibato (*CONCILIO VATICANO II, Presbyterorum ordinis*, 16). Por tanto, si la Iglesia lo mantiene –a pesar de las dificultades–, es porque tiene razones muy poderosas para ello (PABLO VI, *Sacerdotalis caelibatus*, 14-16).

En efecto, el sacramento del orden configura al presbítero con Cristo; en la totalidad de su persona el sacerdote es asumido por Cristo, hasta el punto de que las palabras «yo te bautizo», «yo te absuelvo», «esto es mi cuerpo»... son simultáneamente de Cristo y del sacerdote, o mejor, de Cristo en él y a través de él. Esta configuración «ontológica» tiende a ser también existencial, de tal manera que toda la persona del presbítero sea sacramento, es decir, signo e instrumento de Cristo...

Se comprende entonces que lo que hemos dicho acerca de la virginidad esponsal conviene sumamente al sacerdocio. El celibato facilita la vivencia de la consagración sacerdotal, y esta a su vez impulsa desde dentro al celibato: ambas realidades se influyen y enriquecen mutuamente, contribuyendo a convertir al ministro ordenado en «una sola cosa» con Cristo Sacerdote.

En efecto, por el celibato el sacerdote hace suyos –«desposa»– más fácilmente los deseos y las intenciones, los amores y los proyectos de Cristo Buen Pastor (JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 22-23). Cristo y su ministro llegan a ser de ese modo «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4,32).

7.- El matrimonio, sacramento de Cristo Esposo

Si el célibe se une a Cristo inmediatamente –sin mediación alguna–, el casado se une igualmente a Cristo Esposo, pero a través de la mediación de la propia esposa (a través de su marido en el caso de la mujer).

Matrimonio y virginidad, los dos modos de vivir la vocación cristiana, se iluminan, se complementan y se enriquecen mutuamente: cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 16.

Si hablábamos de **1Cor 7** como la carta magna de la virginidad cristiana, algo parecido podemos afirmar de **Efesios 5,25-33**: es la *carta magna del matrimonio cristiano*, el texto «fundante» del sacramento del matrimonio.

Conviene subrayar que esta es la lectura que presenta el *Ritual del matrimonio* actual. Es cierto que propone otras lecturas alternativas, pero estas figuran en apéndice, mientras que la de Efesios se encuentra en el desarrollo mismo del rito del sacramento. Podemos, por tanto, considerarla como la fundamental.

Recojamos en síntesis la enseñanza de este pasaje tan rico.

Nos inspiramos fundamentalmente en el excelente –aunque no fácil– comentario de H. SCHLIER, *La carta a los efesios* (Salamanca 2006, 330-367). Por lo demás, también aquí recogemos la enseñanza del

venerable RIVERA. Ver también P. GRELOT, *Le couple humain dans l'Écriture* (Paris 1964; trad, italiana, *La coppia umana nella Sacra Scrittura*, Milán 1987). Cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 13; *Hombre y mujer...*, 475-615; FRANCISCO, *Amoris laetitia*, 58-75).

La gran novedad de este texto consiste en que el apóstol presenta la unión entre Cristo y la Iglesia como *modelo y fuente* del amor humano. El «tipo» *primigenio y original* en el que Dios ha pensado es esta unión y relación Cristo-Iglesia, y a imagen suya ha ideado el matrimonio.

Esto es lo que indica al referir el texto de *Génesis 2,24* («el hombre... se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne») a Cristo y a la Iglesia. San Pablo afirma rotundamente: en eso consiste el «gran (=importante) misterio».

Adán era «figura del que había de venir» (Rom 5,14). En la creación se esconde ya la prevista redención de Cristo. Todo fue creado en Cristo y para Cristo, todo encuentra en Él su *consistencia* (Col 1,15-17). En Cristo se redescubre la creatura.

Todo matrimonio (Gen 2,24 expresa el designio originario de Dios Creador) de por sí hace referencia y está orientado a la unión Cristo-Iglesia. En la presentación de Eva a Adán por parte del Creador –que inaugura la institución matrimonial– está implícita la presentación de la Iglesia a Cristo. En todo matrimonio se hace presente la relación de redención Cristo-Iglesia prevista ya en la voluntad de Dios en el momento de la creación.

En este sentido afirmamos que el matrimonio es sacramento: en cuanto que es *signo* (es decir, manifiesta) *eficaz* (es decir, hace presente de manera misteriosa pero real) *de la unión entre Cristo y la Iglesia*. El matrimonio humano es *participación y reproducción* de esa unión íntima, profunda y misteriosa. La relación Cristo-Iglesia no solo *esclarece* la relación matrimonial, sino que esta *se funda* en aquella (la palabra «como» –*kathos*– en 5,29 tiene sentido *comparativo y causal* como en 5,2).

Esta identidad del matrimonio debe expresarse en la existencia concreta. El amor de Cristo (que se dona, que se entrega hasta la muerte, que purifica y limpia a su Esposa, que la nutre y protege, que la perfecciona y consagra...) tiende a reproducirse en el amor entre los esposos cristianos. En efecto, por el don del Espíritu Santo (cf. Rom 5,5), los esposos son capacitados e impulsados a amarse con *el amor mismo de Cristo*.

Podemos afirmar que, de manera análoga a como el sacerdote por la consagración del orden queda convertido –de modo permanente– en sacramento de Cristo para el resto del pueblo de Dios, los esposos –en virtud de la gracia sacramental– quedan convertidos el uno para el otro en *sacramento de Cristo*, también de manera permanente.

Los detalles de entrega, de fidelidad, de ternura, de cuidados... del propio cónyuge, le remiten a Cristo: «Si mi esposo –o mi esposa– me ama así, ¡cuánto mayor será el amor de Cristo!» (que «excede todo conocimiento»: Ef 3,19). Y también las deficiencias del propio cónyuge le llevan a Cristo Esposo: «él –o ella– no puede comprenderme perfectamente, pero Cristo sí; en su conducta hay egoísmo, pero el amor de Cristo es ilimitado, incondicional»...

El propio cónyuge es signo de Cristo Esposo, canal a través del cual se comunica el amor de Cristo, sacramento viviente y personal...

Esto funda una auténtica *espiritualidad matrimonial* que arranca del mismo sacramento y de la gracia en él contenida (de manera análoga a como el sacramento del orden se constituye en el fundamento de la espiritualidad del presbítero). Y esto hace del matrimonio un verdadero *camino de santidad*, es decir, de unión con Cristo; incluso fundamenta una auténtica mística matrimonial.

Cf. M.-PH. LAROCHE, *Una sola carne. L'avventura mistica della copia*, Torino 1992 (original francés: *Une seule chair. L'aventure mystique du couple*).

Por la misma razón, cada uno de los esposos, que es signo para el otro de Cristo Esposo, está llamado a morir a sí mismo, a purificarse, para ser –de manera cada vez más perfecta y nítida– *reflejo de Cristo y transparencia de su amor*, para facilitar que el otro se encuentre con Cristo a

través de la propia persona y del propio amor (de manera análoga a como el presbítero –configurado con Cristo Sacerdote por el sacramento del orden– debe procurar transparentar en su vida concreta el estilo, las actitudes y la entrega del Buen Pastor).

Por otra parte, marido y mujer, sacramento de Cristo el uno para el otro, convertidos en una sola cosa en Cristo, inundados por el amor de Dios, llegan a ser juntos *sacramento de la paternidad de Dios*; a través de su amor paterno-materno expresan y comunican a sus hijos el amor infinito del Padre.

Sin embargo, alguien puede todavía pensar: la afirmación de que en la vida futura «ni ellos ni ellas se casarán» (Lc 20,34-36), ¿acaso no devalúa el matrimonio? De ningún modo. Por un lado, es cierto que en la vida del cielo «permanecen la caridad y sus obras» (CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 39): por tanto, la unión de caridad entre los esposos no solo no se pierde, sino que se plenifica. Sin embargo, el matrimonio en cuanto sacramento desaparece: en efecto, en cuanto «signo» pertenece a este mundo, y como tal desaparecerá (lo mismo que la Eucaristía y los demás sacramentos), pues en el cielo veremos a Cristo cara a cara y nos uniremos a Él sin ninguna mediación.

En este sentido se puede afirmar que el matrimonio camina hacia la virginidad en cuanto «verdad última del hombre» y está orientado hacia ella (A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor*, Salamanca 2004, 1065).

Al final, cuando lo veamos «cara a cara» (cf. 1Cor 13,12), cuando Cristo sea «todo para todos» (cf. 1Cor 15,28), solo subsistirá la virginidad. En efecto, todos hemos sido creados para ser desposados por Cristo –pues «solo Él basta»–, y esto alcanza su culmen en la virginidad. Incluso en este mundo, para los casados que viven «en el Señor» (cf. 1Cor 7,39), la relación con Cristo va tomando un carácter cada vez más absoluto (y, por tanto, más «virginal»).

Cf. M.I. RUPNIK – S. SERGEEVIC, *Adán y su costado. Espiritualidad del amor conyugal*, Burgos 2003,36-37.

8.- ¿Y los solteros?

Hemos afirmado que todo hombre –varón o mujer– ha sido creado para ser desposado, y que las dos maneras de vivir este desposorio son la virginidad y el matrimonio. Surge inevitablemente la pregunta: ¿y qué pasa con los solteros?

Si por soltería entendemos una opción de vida en la que la persona deliberadamente rechaza el comprometerse para quedar «libre», hay que afirmar que esa no es una vocación cristiana. En efecto, el hombre está hecho para amar y ser amado, mientras que una tal opción se revela esencialmente egoísta. Siguen en vigor las palabras del Creador: «No es bueno que el hombre esté solo».

Pero muy diferente a esta postura es la situación de las personas que han quedado solteras creyendo tener vocación matrimonial, pero no ha aparecido la persona adecuada con quien casarse, o bien han permanecido solteras por atender a otras obligaciones (por ejemplo, padres o hermanos enfermos o ancianos). Este tipo de personas –aunque sean civilmente solteras– pueden vivir un

verdadero desposorio con Cristo (sin necesidad de formular unos votos o ingresar en una institución religiosa) y desde Él vivir un precioso servicio de caridad a los hermanos.

Más aún, Dios habla también a través de los acontecimientos; por tanto, podemos afirmar que el hecho de que una persona no haya encontrado pareja puede constituir un signo de la llamada de Dios a la virginidad, tan real como el de la persona que experimenta dentro de sí el atractivo hacia ella.

Con otras palabras, la soltería involuntaria no es un vacío, y puede convertirse en una manifestación del querer de Dios. En ella hay una gracia para descubrir gozosamente la pertenencia a Cristo, de tal manera que el soltero ya no considere su vida como una existencia de segunda clase, sino que haga de ella un don esponsal a Cristo (y en Él y desde Él a los hermanos).

9.- Eucaristía y esponsalidad

La realidad de Cristo Resucitado tiene una de sus manifestaciones culminantes en la Eucaristía (presencia «real» por antonomasia). En ella la presencia de Cristo incluye una dimensión «corporal» («cuerpo, sangre, alma y divinidad») especialmente densa. A ella se pueden aplicar las palabras de Jesús: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo; palpadme...» (Lc 24,39).

La Eucaristía nos ofrece un contacto *real*, profundo y personal con Cristo. Por eso no se puede vivir la relación esponsal con Cristo sin la Eucaristía. El creyente se siente irresistiblemente atraído, imantado, hacia la Eucaristía (celebración, comunión, presencia permanente): ahí comprueba que Cristo no es «un fantasma» (Lc 24,37), sino Alguien con quien se puede convivir y compartir todo: alegrías y tristezas, proyectos y esperanzas, triunfos y fracasos...

Particularmente la comunión eucarística es un tiempo de especial intimidad con Cristo, donde Él nos asimila hasta lograr que la amada quede «en el Amado transformada» (S. Juan de la Cruz). Tal vez en la Eucaristía pensaba san Pablo al escribir a los corintios: «el cuerpo... es para el Señor, y el Señor para el cuerpo» (1Cor 6,13).

Esto tiene especial relevancia para quienes han recibido la vocación a la virginidad. Intentar vivir la virginidad sin una amplia y profunda relación con la Eucaristía, sería como un casado que intentara vivir su matrimonio lejos de su esposa, sin apenas contacto con ella...

Y lo que decimos de la Eucaristía hay que extenderlo a la contemplación. Solo es posible una vida virginal cuando hay una verdadera vida de contemplación. El hombre no puede vivir de «ideas», sino de la Presencia de una Persona. La profunda experiencia de la presencia permanente del Esposo en el alma –inhabitación– es condición para el celibato: pretender un celibato sin contemplación, sin oración continua, es pretender lo imposible.

10.- Un Esposo crucificado

La vivencia de una relación personal íntima con Cristo Esposo nos permite entender mejor y vivir más fácilmente otra dimensión esencial de toda espiritualidad cristiana: la cruz.

Si bien es cierto que Cristo actualmente se encuentra glorioso, su vida terrena ha estado marcada voluntariamente por la cruz, la humillación, la pobreza, la persecución... Por eso el cristiano enamorado de Cristo quiere compartir la misma suerte –consorte– del Esposo.

De la misma manera que sería algo absurdo que una esposa viviera entre lujos, comodidades y placeres mientras su marido se encuentra enfermo en el hospital o preso en la cárcel, el verdadero cristiano siente repugnancia a vivir de manera diferente al Esposo Cristo. Y esto no por deber u obligación, sino por la lógica misma del amor.

Por lo mismo, la presencia de Cristo en el pobre estimula y fortalece el verdadero celibato, que es unión con el Esposo crucificado. Reconocer a Cristo en el pobre, comulgar con Él en el enfermo o el que sufre, amarle en él, servirle en él, ayuda a ser una sola cosa con Cristo.

11.- María: Esposa, Virgen, Madre

Todo lo que hemos visto se encuentra –como todo el misterio cristiano– perfectamente realizado en María: ella ha estado casada con José y ha vivido de manera plena tanto la virginidad como la maternidad.

María se ha desposado con Cristo, la verdadera «ayuda adecuada», uniéndose profundamente a Él y llegando a ser «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4,32) con Él. Su unión ha sido tan profunda, que lo ha engendrado en su seno. Se puede afirmar que María es Esposa y Madre de Cristo.

Quizá choque a algunos el título de María Esposa de Cristo. Pero así la llaman algunos Padres de la Iglesia (SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermo* 140: PL 52,576 A; SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Homilía* 4: PG 77, 996 B-C). Y así parece sugerirlo san Juan al llamarla «Mujer» en las bodas de Caná (2,4) y al pie de la cruz (19,26), evocando Génesis 3,15: María es la nueva Eva, la Esposa, la Madre de todos los vivientes regenerados por la redención de Cristo.

Sobre esto, cf. I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, Madrid 1993, 195-251 («Esposa de las bodas mesiánicas»).

Por eso su matrimonio con José es virginal: Cristo Esposo lo llena todo. Y por eso su maternidad es también virginal: no ha concebido de José, sino por la acción directa del Espíritu Santo en ella.

Pero precisamente su virginidad le ha otorgado la máxima fecundidad. No es Madre de Cristo a pesar de ser virgen, sino precisamente por serlo. Si María hubiera concebido de un hombre, habría engendrado un simple hombre; porque ha concebido «del Espíritu Santo», ha dado a luz al Hijo de Dios (Lc 1,34-35); más aún, es Madre del Cristo total, Cabeza y Cuerpo: por tanto, Madre también de la Iglesia y de cada uno de nosotros en ella.

Y este modo de vivir María es también el de la Iglesia. Desposándose con Cristo, uniéndose profundamente a Él, concibe virginalmente (es decir, por la acción del Espíritu Santo) y se

convierte en Madre al engendrar a Cristo en las almas. Su fecundidad no depende de los medios naturales o de los recursos pastorales, sino de su virginidad, es decir, del grado de su unión con el Esposo, único capaz de suscitar vida divina (CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 63.65).

Y lo mismo vale para cada cristiano y para cada apóstol: la virginidad es condición imprescindible para la fecundidad pastoral.

Conclusión:

¡Ven, Señor Jesús!

Hemos hablado de relación esponsal. Pero en cierto sentido la relación con Cristo en este mundo permanece en el plano del noviazgo. De hecho, algunos de los textos citados del NT habría que traducirlos por «novia» o «prometida» más que por «esposa» (p. ej. Ap 21,9). Está a la espera de su consumación en el «cara a cara» del cielo.

Por eso el Concilio Vaticano II habla de la «índole escatológica de la Iglesia» (CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, capítulo VII) y de la vida cristiana. Por eso el Espíritu suscita constantemente en la Esposa el deseo de ese encuentro total y definitivo: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,17.20).

Se comprende entonces que la plenitud no se dé en este mundo, en el que permanece una cierta insatisfacción. Solo en el cielo se dará la saciedad total. Allí desaparecerá toda mediación («ni ellos ni ellas se casarán»: Lc 20,34-36), porque «seremos como ángeles», no en el sentido de que se desprece el cuerpo, sino en cuanto que contemplaremos abierta e inmediatamente el rostro de Cristo (Mt 18,10). Entonces «seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1Jn 3,2).